

A fines de febrero de 1892, la plaza de Belén, en Jerez de la Frontera, fue escenario de esta cuádruple ejecución de garrote vil.

LOS VERDUGOS ESPAÑOLES

CON este título acaba de publicar Daniel Sueiro un nuevo libro, en esa vía ya probada anteriormente de conjuntar el trabajo de investigación con la calidad narrativa.

Sobre el rumor de fondo de las voces de los tres ejecutores de sentencias de muerte existentes actualmente en España, que configuran sus biografías personales a la vez que dictan al autor una especie de terribles memorias de sus vidas y hechos, se entrecruzan por las páginas de este libro, escrupulosamente documentado, las figuras de los reos de muerte ajusticiados en garrote en los últimos veinte años. La obra (casi mil páginas y sorprendentemente ilustrada) es la primera

historia del garrote en España, con una copiosa nómina de ajusticiados desde principios del siglo XIX y un estudio apasionante de los numerosos verdugos que cumplieron su oficio a lo largo y ancho del país.

A continuación publicamos dos capítulos de «Los verdugos españoles» (Ediciones Alfaguara): El primero se titula «Retrato de un verdugo», y es el relato del primer contacto del autor con el actual verdugo de la Audiencia de Sevilla, al que visita en Granada, por cierto, en compañía de los otros dos ejecutores. El segundo capítulo —«Crónica de una ejecución»— se refiere a la actuación final del último de los ejecutores de la generación anterior y a su posterior suicidio.

DANIEL SUEIRO

RETRATO DE UN VERDUGO

A la una en punto del mediodía hizo su entrada en el bar, un local estrechísimo y pintoresco, aunque bastante fresco para el comienzo del verano, alzado entre otras casuchas como un templete en lo alto de una escalerilla de piedra, cerca del bullicioso mercado al final de una serie de empinadas y torcidas ca-

lles, donde nos habían dicho que le encontraríamos a esa hora.

—Aquí está —rezongó uno de los clientes, solitario mirón de la partida de dominó que se jugaba sobre la única mesa que cabía allí—, aquí le tienen ya.

Subía despacio los gastados escalones de piedra, con aire señorial, arrogante y risueño. Traía la cabeza cubierta con un panamá completamente nuevo, trenzado en blanca fibra artificial, y sobre

los ojos, unas brillantes gafas de sol, de montura de pasta y cristales de suave transparencia. Su camisa blanca, de cuello abierto y con las grandes puntas alzadas sobre el cuello de la americana, le daban un aspecto bastante juvenil y deportivo, a pesar de sus andares lentos y solemnes. Vestía un traje gris oscuro, o azul, muy amplio, chaqueta y pantalón del mismo color y zapatos negros bastante limpios.

Apenas se quitó las gafas oscuras de delante de los ojos, reconoció desconcertado a sus dos colegas, los verdugos de Madrid y de Barcelona, que se lanzaron a saludarle a su vez con cariñosas palmadas y fuertes apretones de manos, entre frases de satisfacción y de sorpresa y las primeras apreciaciones acerca de lo bien que se encontraban unos a otros desde el tiempo que hacía que no se veían.

LOS VERDUGOS ESPAÑOLES

Nos presentaron también y Bernardo empezó a dar ruidosas órdenes para que nos sirvieran en seguida más vino, diciéndonos que nos consideraríamos como en nuestra propia casa, con permiso del dueño del bar, al que dedicó una ceremoniosa inclinación.

Su aspecto era jovial y bastante feliz. Venía muy bien afeitado y muy limpio, con el pelo plateado en las sienes recién cortado, aunque la colonia que le habían echado no era tan fresca como para sugerir las transparentes y cantarinas aguas de los verdes arroyos, sino tan penetrantemente perfumada como para recordar más bien las densas profundidades de las cálidas alcobas.

Dejó su sombrero encima de un pequeño montón de sillitas de tejera plegadas y recogidas en un rincón y se colgó las gafas con veterano descuido en la pechera de la camisa, en la abertura entre dos botones, con una de las patillas introducida hacia la camiseta y la otra doblada por fuera, tras los cristales. Se colocó en medio de sus dos compañeros, a los que abrazó estrechamente, y junto con ellos se acercó al pequeño mostrador de madera, tras el que le miraba sin moverse el tabernero. Se inclinó para hablarle casi al oído:

—Mira, aquí te presento... Este, el ejecutor de la Audiencia de Barcelona; este otro, el ejecutor de la Audiencia de Madrid... ¡Y yo el ejecutor de la Audiencia de Sevilla! ¿Eh, qué te parece? ¡Esto no lo volverás tú a ver en la vida!... ¡Nunca! ¡La asamblea completa!... ¡Ja, ja, ja!...

El susurro de su voz era jocoso y divertido, pero, sin embargo, no pareció hacer gracia al tabernero, que no pudo evitar un ligero estremecimiento.

—¡Anda, déjate de bromas! —se separó molesto Antonio, el hombre de Madrid—. Déjame, déjame en paz, que yo no quiero saber nada contigo ni con tus cosas.

Vicente, el adscrito a la Audiencia de Barcelona, esbozó por su parte una sonrisa circunstancial y aligeró las piernas con un par de tirones al pantalón por la parte de la cintura.

Bernardo se interesó por nuestro viaje y por saber quién nos había orientado hacia aquel bar para encontrarle.

Nos habíamos dirigido a su casa nada más llegar a Granada y allí una señora, que tenía una niña en brazos, nos había dicho dónde podríamos encontrarle.

—¡Ah! —dijo—, entonces fue mi señora.

Muy organizador, propuso que abandonáramos ya aquel bar para dirigirnos a otros sitios que él conocía y que nos iba a enseñar.

Los otros fueron delante, aunque de vez en cuando tenían que pararse o volver el camino anda-

do para ir por donde nos quería llevar, y Bernardo detrás, parsimonioso, altivo, lento y con una media sonrisa casi dibujada en su rostro, enmascarado ya tras las gafas negras y cubierta la cabeza con el sombrero veraniego.

—¿Cuál es su gracia, joven? —me había preguntado, sin mirarme, bajando por las suaves rampas al lado de los puestos del mercado.

Estuve a punto de decirle que no sabía hacer nada especial, que no tenía ninguna habilidad notable.

—Que cómo te llamas, coño —repetió.

Me dijo que un periodista había querido entrevistarle en otra ocasión, que había llegado diciendo que venía de parte del Ministerio, y que él entonces le había contestado que de imposiciones nada, y que se fuera, pues ni siquiera tenía el gusto de saber cómo se llamaba.

Nos llevó aquella mañana a varios bares típicos, donde era co-

nocido por algunas personas, y ya comimos juntos todos los asambleístas y los allegados o movidos por la mera afición. Interpretó Bernardo que su mujer no se extrañaría por su ausencia a la mesa familiar, puesto que si había sido ella la que nos había dicho dónde encontrarle debía suponer que estaba con nosotros. En este primer contacto se tocó ya el tema central de casi todos los debates profesionales, el asunto de las dietas, las primas, los sueldos y las gratificaciones.

Como consciente anfitrión, quería el caballeroso granadino pagar la comida, y sólo aceptó ser invitado, sobre la base de que al día siguiente convidaría él.

Bernardo se considera el catedrático de los verdugos actuales, según su propia expresión. Tiene ahora unos sesenta y seis años, y aunque en número de ejecuciones le aventajan los otros dos, y uno de ellos casi dobla las suyas, puesto que él va por las trece, fue el primero de los tres en

comenzar y presume de ser el más sabio. Hizo su primer trabajo en el año 1949, en Huelva, y el último en Sevilla, en 1960, de modo que hace ya más de diez años.

—Ni quiero —me diría—; yo es que estas cosas..., vuelvo a repetirte, yo no..., ya sabes. Yo no quiero saber nada de eso; mientras menos, mejor. Que trabajen ellos, si quieren; a mí que me dejen tranquilo, no... Ni trabajar ni... Ya está bien.

Aunque en otros momentos, entre bromas y veras, se queje ante sus colegas de que no le llamen últimamente a él para acompañarles en algún trabajo, y que todo se lo hagan ellos dos juntos.

Nos va a llevar a una pensión muy recomendable, pero antes nos conduce a tomar unas copas de coñac a un bar que nos recomienda, y para que no falte nada, dirige la expedición hasta lo alto del Sacromonte, donde va a hacer valer su recomendación para que esta noche podamos asistir gratis a una fiesta flamenca. «O pagando sólo la entrada, porque de lo demás ya me encargo yo de que no nos cobren lo que tomemos allí». Nadie se quiere bajar del coche en tanto que Bernardo trata a la puerta de una de las cuevas con un gitano exótico y de enorme estatura, que nos mira interesado, pero hostil, cuando el otro nos señala con la mano, y la bajada se hace en medio de un silencio molesto y enrarecido, difícil de comprender de momento, puesto que el entusiasmo y los buenos deseos del anfitrión no pueden ponerse en duda.

Cerca de la catedral, donde habíamos estado haciendo unas fotografías, especialmente ante la rica verja de hierro que da entrada a una hermosa y turística plaza, Bernardo había tomado de la mano a un cabo de municipales amigo suyo y había pretendido repetir el número de la presentación de sus dos colegas y la suya misma en la insólita asamblea, pero tanto Antonio como Vicente se apartaron, algo enojados ya, desentendidos del humor y de las exhibiciones del maestro local. Tampoco al municipal le hizo mucha gracia la broma, por lo que se podía apreciar en su asustado rostro y en los ademanes de puntualización y deslinde entre unas cosas y otras que se le veían hacer con la mano ante el silencio burlón y un poco corrido de su viejo amigo el verdugo.

De todos modos, al pasar ante la pareja de guardias que observaba en la esquina, Bernardo les preguntó de pasada, con los mismos gestos y tono de parodia:

—¿Qué... ¿hay novedad, muchachos?

—No —respondieron con cara de pocos amigos—, no hay novedad.

—Pues manténganme esto así

Uno de los garrotos usados hasta hace pocos años.



tranquilo —siguió su camino, indiferente y teatral—, que no me gustan a mí los llos.

Sombreada el atardecer cuando bajé al patio de la pensión Royal, de la calle de San Matías, a la que nos había llevado, después de haber dejado la maleta en la habitación que iba a compartir con uno de los ejecutores sin haberme parado siquiera a echarle un vistazo. No hacía falta, estábamos en una pensión de cuarenta pesetas por día y cama, a cuyo único conserje de día y noche, un viejo renqueante y muy flaco, nos había recomendado en efecto Bernardo como buenos amigos suyos, para que no nos tomara por lo que no éramos, le dijo, y creyera que nos podía cobrar como a turistas o cualquier otra cosa peor. El patio estaba muy fresco; abierto a la misma entrada de la casa, tenía una fuente seca en el centro, flanqueada por una serie de tiestos viejos, en los que amarilleaban largas hojas de palmitos y aneas, y de las umbrías paredes, tras el cuadro de las ligeras columnas, colgaban en torno a los huecos de las ventanas enrejadas y de las puertas los habituales adornos de cerámica popular y de cobre.

En el rincón más aireado estaba esperando Bernardo, sentado en una silla de mimbre y afanosamente inclinado sobre una mesita, escribiendo algo con su bolígrafo sobre un pequeño pedazo de papel.

—Mira, hijo, te estoy copiando mi oración preferida para los viernes antes de que me olvide.

En cuanto a su religiosidad, tendría ocasión de observar repetidas veces cómo se santiguaba antes de empezar cada comida y rezaba en silencio con la cabeza baja sobre el plato durante breves momentos, indiferente a las voces de los demás y a sus rápidas maniobras de la cuchara o el tenedor sobre las viandas acabadas de servir.

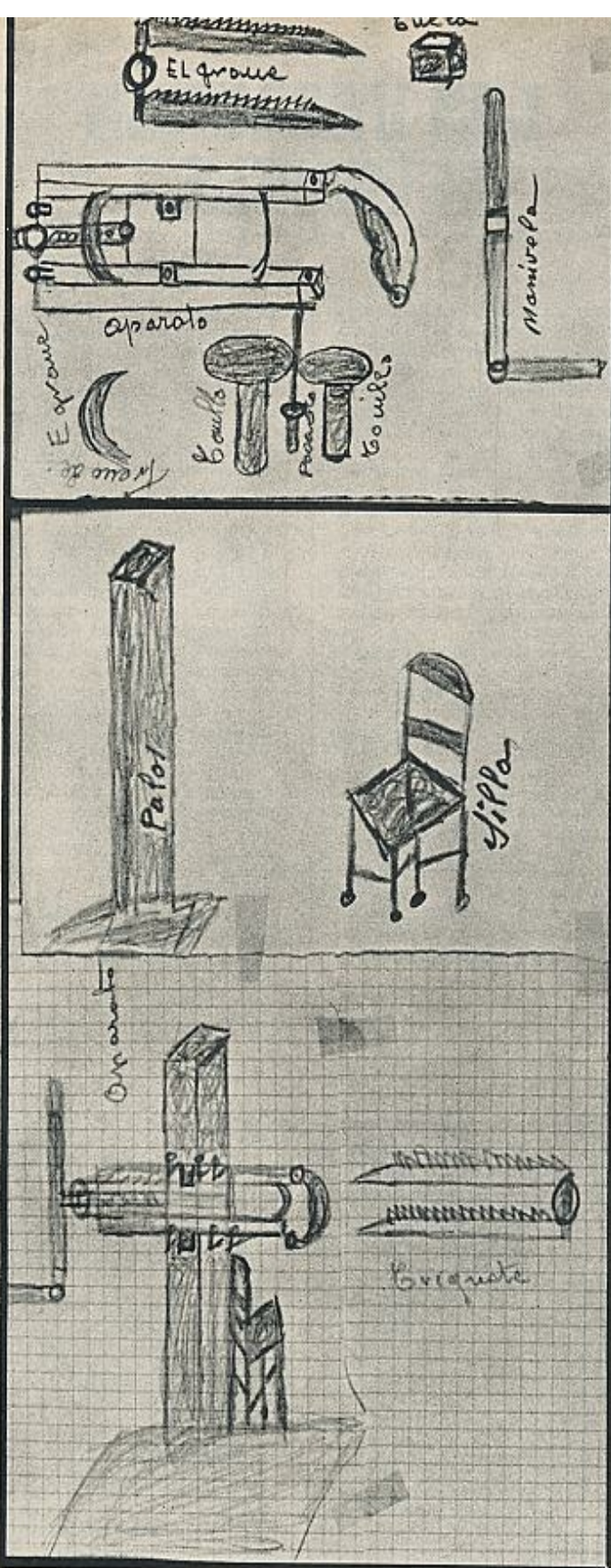
—Escucha —se quitó del borde de la boca el pitillo, liado en papel del mismo color del tabaco, casi negro, y me indicó con un gesto que me sentara.

Entonces empezó a declamar con voz estentórea y gran movimiento de brazos, en el apacible y silente atardecer granadino, estas coplas:

Por el reguero de sangre
que el Hijo de Dios derrama,
fueron a Jerusalén
para oír Misa del alba.

Como musa de Pasión
allí la Virgen se hallaba,
y al doblar de una esquina
con dos mujeres se daba.

La una era Magdalena;
la otra, su prima hermana;
la otra la Virgen pura,
la que Dolores pasaba.



Dibujos del garrote, con detalle de sus diversas partes y accesorios, realizado por uno de los actuales ejecutores de sentencias.

«¿No habéis visto pasar
al hijo de mis entrañas?».
«Por aquí pasó, Señora,
tres horas antes del alba».
«Si lo queréis comprobar,
volved hacia atrás la cara».
Y al volver ella su rostro,
cayó al suelo desmayada.

San Juan, como buen sobrino,
la ayuda a levantarse:
«Levántate, buena tía;
levántate, buena hermana».

Que en el Calvario se advierte,
y buen ruido sonaban...

Se interrumpió y se puso en pie de pronto, firme, con el sombrero en una mano y el papel en la otra, quieto y con la mirada fija en el centro del patio, y aún tardé unos segundos más en darme cuenta, al oír el cercano sonido de una trompeta en el toque de arriar banderas. Así permaneció, inmóvil y en silencio, los bra-

zos pegados a lo largo del cuerpo, alzada la barbilla, hasta que cesó el golpe de clarín en el anochecer. «Es ahí, en Capitania», dijo al volver a sentarse para seguir con sus versos.

... trompetas y chirimías
que los judíos tocaban.

Caminemos, caminemos,
caminemos al Calvario,
que por pronto que llegemos,
ya le están crucificando.

Ya le clavan las espinas,
ya le remachan los clavos,
ya le meten la lanzada
por su divino costado.

La sangre que derramaba
sobre aquel cáliz divino
en él fue depositada
y ahí está nuestro destino.
Quien dijere esta oración
todos los viernes del año,
sacará un alma de penas
y la suya del pecado.

Y quien la oiga y no la aprenda,
quien la sepa y no la diga,
en el día del Juicio
su sentencia habrá firmado.

De nuevo se puso en pie, inopinadamente, y me dio un abrazo emocionado. Me alargó el papel con un ademán violento y solemne.

—Toma, para que desde ahora la reces tú también todos los viernes. Yo pediré por ti en mis oraciones de ahora en adelante. Y a esos otros —señaló con un movimiento de la cabeza el interior de la pensión—, que les den..., que a éstos ya no hay quien les salve.

Al día siguiente vino a buscarme muy temprano, tal como habíamos quedado, para poder hablar con calma y sin interrupciones ni testigos de su vida y sus hazañas. Aparecía de nuevo juvenil y fresco, aunque el aspecto deportivo que acaso le daba el día anterior el vuelo del cuello de su camisa blanca por encima del de la chaqueta había sido cambiado ahora por el señorial o un poco extravagante de antiguo paseante en corte o nuevo ejecutivo de confusos negocios que parecía prestarle su corbata de lazo de pajarita a franjas rojas y azules y su dinámico y festivo clavelito blanco prendido en el ojal de la solapa. Lucía el mismo traje, pero había cambiado el panamá por un sombrero cordobés gris claro, y en su mano izquierda, que manejaba una especie de fusta corta de cuero terminada en una cabeza plateada de galgo, había un brillo relampagueante de oro en alguno de los dedos. Las gafas de sol pendían ya en medio de la abotonadura de la pechera de la camisa, y al bolsillo superior de la americana asomaba el metal de una estilográfica y de dos bolígrafos, así como la funda de cuero o de plástico de los anteojos. Ve-

LOS VERDUGOS ESPAÑOLES

nia muy afeitado y envuelto en el denso perfume de su colonia.

Traía escrito en una cuartilla, con su letra picuda y adornada de viejo maestro rural, el interrogatorio a que había de someterme antes de entrar en materia. Primero, tú quién eres; segundo, cuánto te cuesta este viaje; tercero, quién lo paga; cuarto, si es oficial o particular; quinto, por qué vienen esos otros; sexto, quién es el mozo acompañante de Antonio y por qué está aquí; etcétera, etcétera. Se salió del paso con la dignidad posible en semejante trance y sin que el caballero ejecutor de la Audiencia de Sevilla impusiera o hiciera siquiera referencia al precio que habría que pagar por ocupar su tiempo y su memoria, asunto que había sido primordial en relación con los otros dos.

Hablábamos en el reducido y hostil espacio del bar de una gasolinera de las afueras de la ciudad, acosados por el relato de los engaños de toda estirpe a que le había sometido su mujer, que nos ofreció en pocos minutos un viejo amigo o conocido de Bernardo, un hombre maduro, de as-

pecto aristocrático y respetuoso y finos modales, si se le hubiera podido perdonar su insistencia en interrumpirnos y la triste resignación de su tono, que además no bebía más que agua mineral y tenía a su chófer con el coche esperándole fuera.

Nos fuimos de allí en seguida en busca de un lugar más a propósito, y lo encontramos en lo alto de la cuesta que lleva a la Alhambra, en uno de esos lugares de difícil catalogación, más a propósito para la vida nocturna que para tomar el primer café de la mañana.

Primero llamó mi acompañante y guía en un establecimiento que estaba aún cerrado; apareció una mujer despreczándose, que le informó que su marido se había acostado muy tarde la noche anterior y no se levantaría hasta las doce o la una del mediodía, para abrir a esas horas. En la casa de al lado, una anciana que barría la tierra de la entrada saludó amistosamente a Bernardo y le dijo que podíamos quedarnos allí. Bajamos unos escalones para encontrarnos en una estancia literalmente horadada en el monte,

con las paredes de rugosa tierra cubiertas por varias capas de cal, llena de pequeñas mesas y banquetas de madera sin pintar. El suelo estaba recién barrido y salpicado de agua, y a través de un ventanuco frontal entraba un rayo de sol y llegaban hasta nosotros las voces de unas niñas que debían jugar por allí cerca, mezcladas con los cantos de los pájaros y el rumor de las altas copas de los cipreses cercanos suavemente movidas por la brisa. La mujer nos sirvió varias tazas de café de puchero y dejó sobre la mesa una gran botella de coñac casi entera, con la seguridad, repetidamente manifestada a Bernardo, de que éramos muy bien recibidos allí y de que nadie iba a molestarnos a aquellas horas.

Bernardo es un conversador nato y un filósofo contradictorio e inquietante, y a lo largo de sus parrafadas mezcla incontentiblemente períodos de emotiva exaltación y hasta de llanto con revelaciones de profundo cinismo y verdaderas procacidades.

Su cara redonda, de rasgos bastante regulares, que aparece amable y sonriente, se ensombrece,

se irrita y estalla al compás de determinadas manifestaciones concretas y de ciertos recuerdos. Poco a poco se le acumula la saliva en los bordes de la boca, una blanquecina humedad en torno a los ojos, que enrojecen, y la dentadura, en la que uno puede dejar de fijarse observando la boquilla dorada de sus cigarrillos envueltos en papel tabaco, aparece de pronto ennegrecida y tenebrosa al morder las más duras palabras, las más radicales expresiones. Es una especie de actor ante la muerte y se le ve actuar, y como suele ocurrir con algunos terribles papeles interpretados a veces por actores más bien mediocres, la fuerza del personaje que representan acaba por apoderarse de su propia personalidad individual y dominarla.

No es un hombre alto, sino mediano, y fornido, casi grueso. Amplia la frente, con el pelo canoso peinado hacia atrás y las puntas rebeldes en las sienes y el cogote, tiene unos ojos pequeños sombreados por las arrugas, regular la nariz, grande la boca y el cuello grueso. Sus manos son grandes, de uñas limpias y cuidadas.



Dramático documento: una citación dirigida al verdugo para que acuda a cumplir su trabajo.

Audiencia Provincial
de
LÉRIDA
Secretaría

De Orden de esta Audiencia Provincial pongo en conocimiento de Vd. que para el día veintiocho del actual y hora de las ocho de su mañana se ha señalado la ejecución de la pena de muerte impuesta a JOSÉ JOSÉ HUGUET, en méritos del sumario nº 92 de 1.954, rollo de audiencia nº 216, del Juzgado de Instrucción de Lérida, sobre asesinatos.

Lo que pongo en conocimiento de Vd. a los efectos procedentes.

Dios guarde a V.S. muchos años.
Lérida, 27 Febrero de 1.956.

Señor Ejecutor de la Justicia, adscrito a la Audiencia Territorial de
Barcelona

LÉRIDA


De un decreto de Fernando VII, del año 1832, parte la instauración oficial del garrote en España.

REAL CEDULA

DE S. M.

Y SEÑORES DEL CONSEJO,

En que se inserta el Soberano decreto por el que el Rey nuestro Señor se sirve abolir para siempre el suplicio de horca, mandando que en adelante se ejecute en el de garrote la pena de muerte que se imponga, con las distinciones que expresa.

Año  de 1832.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL



Virgen Santa del Pilar
Salvada España

1977

Yo Juan José Trespalacios

dentro de breves momentos he de comparecer en la presencia de Dios.

Rogad por mi alma, en cuanto la haya entregado al Señor, y perdonadme los que aquí quedéis mis desvarios, causa de mi muerte.

Os ruego me tengáis presente en vuestras oraciones, y me recordéis ante el Divino Redentor, pues yo desde el Cielo rogaré por todos, y muy especialmente por S. S. el Papa Pío XII, felizmente reinante, que, llevado de su bondad y conmiseración hacia mi indigno pariente, se ha dignado concederme la indulgencia plenaria para el instante de mi ejecución, por mis padres, hermanos y parientes, por las víctimas de una hora de obcecación lamentable e irreparable, por los que tanto bien me han hecho, y por los que han intervenido en conseguir mi salvación eterna, así como por mis compañeros de prisión y por todos los pecadores.

Vitoria, 13 de Junio 1953.

¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

El mismo día de su ejecución, el 13 de junio de 1953, en Vitoria, pocas horas antes de ser agarrado, un reo de muerte repartió el recordatorio que reproducimos por ambas caras.

miento del actual cargo en que aparece más fornido y más serio, con un gran bigote negro.

—Sí, tenía yo bigote, mira aquí; y en esta de la licencia de armas, extendida el veintidós de mayo de mil novecientos cincuenta, también tenía bigote... Yo usé también una perilla como Fernando de los Ríos, en aquellos tiempos de juventud.

Con el café de pucherete y el coñac de relleno se pasa media mañana. Bernardo interrumpe de vez en cuando sus didascálicos discursos o sus inquietantes exaltaciones con ruegos de cortés y, a la vez, amistosa finura:

—Un momento, hijo, que voy a verter aguas.

Luego quiere llevarme a su casa, para que la conozca y conozca también a su familia.

Subimos al borde del Darro, un reguero de agua sucia bajo ventanas y balcones plagados de geranios y hortensias, y bastante después del segundo puente seguimos a la izquierda por unas empinadas y angulosas callejas que parecen no tener fin. Todo es pintoresco y hasta bonito, la humildad se calca y se adorna, se florea. En un recodo inverosímil, entre escalones de piedra y pendientes violentas, un anciano de sombrero cordobés y chaleco de pana prepara los arreos, faroles, ballestas, capota y estribos, de un carrocho de caballos, de los de paseo para los turistas. Cruzamos un arco de ladrillo blanqueado y nos encontramos de pronto en medio de la verbera de una especie de carmen fragante y luminoso, un jardín silvestre, un enorme patio de vecindad convertido en huerta, en macetero, en laberinto de verdes y rojos senderos. Al fondo, una parra enreda sus sarmentosas ramas por lo alto de dos columnas de las que soportan el cuadro del balcón, encristalado todo a lo largo en las cuatro caras, alcanzando a formar un ángulo umbrío y húmedo con la maraña de sus grandes hojas. El palmito, junto con alguna palmera enana, crece junto a las chumberas, las pitas, los cactus y las yucas en otra zona de esta selva

doméstica, y de trecho en trecho roza nuestras cabezas, en racimos apretados, entre las duras hojas, el fruto del nispero, amarillo, dorado, casi rojo. Matas de margaritas surgen aquí y allá, adelfas, buganvillas, celedonias y jazmines. Los geranios florecen en sus tiestos por doquier, en el suelo, en las balconadas, en medio de las mismas paredes; y hay también aquí hortensias y dalias, anémonas y pensamientos, lirios y rosas; y claveles, claveles blancos, claveles rojos, claveles rosa, en una explosión salvaje e incontenible de color y de vida.

Cruzamos por entre la vegetación y Bernardo saluda a alguna vecina que se asoma a mirarnos. Subimos por una escalera muy amplia que se abre bajo uno de los lados de la balconada, entre dos columnas, y termina en un amplio rellano de alto techo artesonado. Lo que es hoy casa de vecindad fue hace años convento de monjas, y aquí es donde vive el verdugo con su nueva compañera, una mujer de fresco color y bello y sonriente rostro, aunque entristecidos los ojos por un profundo o lejano cansancio, treinta años más joven que él y que le ha dado ya dos hijos: un muchacho que tendrá ya unos diez años, espigado y muy blanco, con el mechón de pelo rubio sobre la frente y los avispados ojos, y una preciosa niña que habrá cumplido ya los dos años.

Tiene otro hijo, de su primera mujer, al que me presentó en una visita que quiso que le hiciésemos en su casa, un hogar de burguesía media en una zona céntrica de la capital, propio de un profesional entregado de lleno a su trabajo y a su mujer y sus hijos, un hombre de unos treinta y cinco años, prematuramente calvo y de aspecto cansado, cordialmente afectuoso con su padre, pero naturalmente alejado de su vida, al pasar los años y haberse iraguado él la suya propia.

Desde la casa de Bernardo se ve, allá en lo alto, buena parte de la Alhambra, sus muros y torres, balcones y almenas; es una vista privilegiada, un panorama

único en el mundo. Enmarcadas en la ventana de la cocina, entre las rosas y los geranios, emergen al fondo las torres de la Vela y del Homenaje de la Alcazaba.

Tiene una salita con su sofá y sus butacas a la entrada, pero la vida toda la hacen en la cocina o en la alcoba, en medio de un orden y de una limpieza escrupulosos. La mujer está planchando ropa blanca sobre la mesa camilla cuando llegamos, y en tanto el hombre se arregla allá dentro, obedeciendo a su voz, abre la nevera para ofrecerme lo que quiere yo tomar, vino blanco frío, un vaso de leche, fanta o coca-cola.

Bernardo aparece en camiseta y se echa colonia en los sobacos. Luego la mujer le alarga una camisa limpia y le ayuda a abotonársela. Algo ha oído de lo de la juegra flamenca en las cuevas del Sacromonte, porque le indica al hombre, mirándome, que tengamos cuidado si vamos, pero que mejor sería que no fuésemos. El arrastra un poco los pies y los pantalones, al moverse despaciosamente de la cocina a la alcoba, eligiendo corbata y sombrero. Corta un nuevo clavel para sustituir al que llevaba en el ojal de la chaqueta y cambia también de lugar la pistola, metiéndola ahora en el bolsillo de atrás del pantalón.

La niña pequeña estalla en llanto cuando ve que su padre se va.

—Después de eso que hemos hablado, si necesitas saber algo más de mí, tú me escribes y me preguntas lo que te haga falta...; incondicionalmente a tu disposición, en todo y por todo, yo te informo. Tú comprenderás que yo no voy a llevar en la cabeza...; ni quiero leer las sentencias ni quiero saber nada, bien lo sabe Dios-divinotodopoderoso. Vuelvo a repetirte, y te pido mil perdones, que no quiero que me manden a mí; que trabajen ellos, yo no quiero trabajar, que me dejen tranquilo. Recibir precisamente la comunicación y ya estoy descompuesto... ¡estoy descompuesto! ¡Que esto no es mío, vuelvo a repetirte, y como no es mío, no lo quiero! Bien lo sabe el Salvador Divino. ¡Abolir la pena de muerte y estamos terminados! Ahora, que se castigue... la hierba mala hay que... España tiene treinta millones de habitantes, y tenemos... equis, es una incógnita, quinientos mil extendidos por toda España de lo malo, pues esos quinientos mil... los veintinueve y medio, ¿qué pasa?, ¿estamos pendientes de esos quinientos?, ¿todos atomizados? Bueno, pues bueno... ¡bueno!

Aquel día nos invitó él a comer a todos, una paella que había mandado preparar y que le costó cincuenta duros. A los del bronce no fuimos a verlos, ni a los del cobre. Uno de aquellos

LOS VERDUGOS ESPAÑOLES

días nos lo pasamos casi entero recorriendo la Alhambra, en medio del aburrimento del sector extremeño.

Cuando se presentó con la barba crecida y sin afeitar, Bernardo me pidió disculpas.

—Yo todos los días es que no me puedo afeitar; no puedo y no puedo; me he afeitado todos estos días seguidos en tu honor, pero hoy ya no he podido, chico, se me levanta toda la cara. Y te advierto una cosa, eh, que tú también tienes una barba muy dura, muy dura y encontrada, y lo malo es esto de aquí abajo. A mí cualquier barbero que me afeita, aquí, ¡puff!, y yo en cambio me tiro en contra y no me hago daño. Por un lado, hacia abajo, y por el otro, para arriba, al contrario. ¿Es que tú con esa barba que tienes te afeitas todos los días?

—Casi todos —le digo sinceramente—, pero lo malo no es el afeitado; ahora es que tengo por aquí por el cuello una irritación, un picor... que me trae frito.

—Será algo alérgico.

—Eso digo yo, si será algo alérgico.

—Nada de importancia.

—No, nada.

Crónica de una ejecución

«Día 11 de junio de 1953. Hoy ha llegado el verdugo. Se determina que el reo entre en capilla a las nueve de la noche de mañana, 12, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, para ser ejecutado el día 13, a las siete de la mañana. El reo no sabe nada de esta novedad. Nos pidió, hace tiempo, le concediéramos la gracia de comunicarle de víspera la fecha de la ejecución. Esperábamos que recibiría con alegría tal noticia. Así fue».

El capellán de la prisión provincial de Vitoria (Alava), don Primitivo Ibáñez, escribe entristecido su diario, a pluma, con su letra pausada y grande. No cabía ya la menor esperanza en el indulto. Días antes, el Jefe del Estado había confirmado las tres penas de muerte impuestas a Juan José Trespalacios por el triple asesinato cometido algo más de dos años atrás. Pero, además, en realidad, nadie quiere el indulto, y el que menos lo quiere, de creer enteramente en sus palabras y en los escritos que dejó, es el mismo condenado.

Para la gente que conoció a este hombre y estuvo cerca de él durante los dos años que permaneció en prisión esperando al verdugo, parece no haber la menor duda acerca del extraño fenómeno de mutación o conversión que se operó en su personalidad desde el momento en que entró en la cárcel de Vitoria, prometiendo llevarse a alguno

por delante si a él le condenaban a muerte, hasta los días en que acabó afirmando que deseaba ardentemente morir en el garrote, si no había otra cosa peor, y ofrecer el sacrificio de su vida por la salvación de los hombres y la mayor gloria de Dios. Muchas de esas personas que le rodeaban e influían sin duda en su ánimo, es decir, en su alma, creyeron firmemente que estaban asistiendo a un proceso casi milagroso de transformación del gran pecador en el gran apóstol; algunas otras acaso creyeron estar asistiendo al proceso de una gran simulación, de una grotesca farsa que finalmente el protagonista principal se ve obligado a llevar hasta sus últimas consecuencias. La verdad es que este hombre, al sentarse en la silla del garrote, con el crucifijo atezado entre sus manos y perdida la mirada, dijo en un suspiro: «Al fin estoy en el trono».

Cambió mucho, indudablemente. De padre desconocido, había vivido una infancia campesina y descuidada con su madre, su padrastro y sus medio hermanos. Asistió cinco meses a la escuela, y aunque en su niñez hizo los primeros viernes en una ocasión, diría más tarde que «por ahí empecé mi perdición, por mi ignorancia religiosa». Trabajó de pastor, de minero durante cuatro años, de zapatero en Castrejuna, y de todas partes le echaban por sus robos o se iba él antes de que pudieran denunciarle a la Guardia Civil y quitarle lo que acababa de coger. De la mina se fue con el candil, que vendió por unas pesetas; lo del calzado lo dejó después de malvender las herramientas que sus padres acababan de comprarle, y no sin haberse apoderado también de unas botas de media caña que el cabo de la Guardia Civil le había dejado para que se las reparase. Las raterías a que sometía a sus propios hermanos eran constantes. Después de regresar de cumplir el servicio militar en Zaragoza, etapa de la que recuerda sobre todo «deslices y pecados carnales», se le sigue la pista en Burgos, dedicado al estraperlo. Roba al que le da cobijo, engaña al que le protege. Pasa dos temporadas en la cárcel, una en la de Bilbao, por hurto, y otra en la de Burgos, por el mismo delito, y más tarde es condenado aún por estafa.

El día que roban la vaca de Añes, pequeño pueblo de Alava en que es bien conocido, nadie duda por un momento de que el ladrón pueda ser otro más que él. Le detienen y le meten en la prisión del partido, «donde permanecí diez días en el más completo abandono», y de allí le trasladan a la prisión de Larrinaga, en Bilbao. Aquí dispone de

cinco largos meses para meditar acerca de la clase de venganza que cree debe tomarse sobre las personas que él sabe le acusaron, no tiene duda en este punto, y tan injustamente por cierto.

Así que dos semanas después de quedar en libertad se encamina a la casa de los Menoyo, en Añes. Todo está nevado y pasa frío en aquellas largas horas de caminata, como lo pasa en el pajar donde duerme esa noche, al lado del lugar donde también duerme el hombre que le denunció, el pajar en que este mismo hombre le dejó pasar otras noches en los últimos años, cuando no le ofrecía su propio techo para que se cobijara.

A las dos y media del día siguiente, Marcelino Menoyo Ugarte, de sesenta años, entra por fin en el pajar. Tenía que hacerlo y lo hizo necesariamente. Cayó sobre él por detrás y utilizó para golpearle una yugueta que cogió allí mismo, un palo que tenía un metro y siete centímetros de largo, once centímetros de circunferencia de ancho y un peso de setecientos diez gramos. Pero no le mataron los golpes, sino la asfixia, puesto que Trespalacios utilizó con su primera víctima un procedimiento parecido —rudimentario, pero bien conocido por los verdugos españoles varios siglos antes— al que dos años más tarde utilizarían con él. «Le ató fuertemente un cordel o ramal al cuello dándole varias vueltas y anudándolo dos veces, pasando la última vuelta por la boca» (1). Iba a salir del pajar cuando vio venir hacia él a la mujer, Fe Clotilde Menoyo Ugarte, que tenía entonces sesenta y cinco años, con la que fueron bastantes dos golpes con la yugueta en la cabeza para dejarla muerta. De nuevo quiso marcharse y otra vez hubo de esperar. Lázaro, el último hermano o el primero, puesto que era el mayor, sesenta y nueve años, apareció en la puerta.

—¿Tú por aquí? —se sorprendió alarmado, pero no vio nada, no tuvo tiempo; tres furiosos golpes de yugueta en la cabeza acabaron con él.

Trespalacios salió al aire libre, frente a la casa, y allí, ante él, se tropezó todavía con una cuarta persona, Constantino Menoyo Alava, sobrino de los otros y bien conocido por él. Cuajó una actitud de disimulo e inocencia y se puso a llamar al último, a Lázaro, en voz alta. Entró en la casa calmamente y al poco saltó por una ventana trasera, pero en esta ocasión iban a verle. Le vio Emilia Uzquiano, la mujer de Constantino, que empezó a gritar.

Constantino y otros vecinos le persiguieron con escopetas y le acorralaron frente a una cabaña.

(1) De la Sent. del T. S. de 24 de noviembre 1952.

—Quieto o te matamos —le apuntaron.

—No os apuréis —dijo—, he matado a los tres.

Y aquí comienza el camino de Damasco de este extraño condenado a muerte. «Me metieron en una choza —le contaría en su celda al sacerdote que iba a acompañarle ya hasta el minuto final, al que nombró heredero de todos sus papeles y guardián de sus confidencias, para que escribiera sobre "todas mis maldades, con tal de que resplandezca la misericordia de Dios conmigo"—, donde los mismos del pueblo intentaron matarme, discutiendo entre ellos mismos cómo lo harían, si de un tiro, a palos, etcétera. La cuestión clara y evidente es que, cuando intentaron ejecutarme, y después de haberme dado incluso algunos palos, el Señor me depuró providencialmente un energético defensor en la persona de un ministro suyo, uno de esos santos varones a los cuales, si yo hasta entonces no despreciaba, al menos miraba con recelo y marcada indiferencia, y sin hacerles ningún caso —el que llegaba era el cura párroco—. Notó el padre José Luis que yo tiritaba —sigue Trespalacios en su nuevo estado místico—. Me preguntó si era por miedo a la Justicia.

—Padre, tiemblo de frío. No tengo camisa ni camiseta, sino esta arpillerita con la que cubro mi pecho.

Al momento, el padre José Luis se quita la sotana y me da su jersey y camiseta. Me habla del amor de Dios, de su misericordia y de la confesión. Yo buscaba la paz. Y la encontré. Jamás la perdí una vez encontrada».

—Siento en mi interior una luz que me dicta estas cosas —manifestaría en un momento, refiriéndose a los piadosos versos que pronto empezó a escribir, a sus cantares a la Virgen, a las epístolas y sermones que dedicó a las gentes, calificados en algún caso como muestras de «alta teología» y parangonables con pastoraes del entonces patriarca obispo de Madrid-Alcalá (2). Por su parte, este padre José Luis se ocupó de mantener con el penado una correspondencia ardorosa e iluminada, matizada pronto por parte de Trespalacios con expresiones como «su querido criminal», «esta vil criaturilla», «esclavo de María», etc., y cuyo fruto final iba a ser, sin duda, su forma de enfrentarse con la muerte, a juzgar por sus propios testimonios: «Hoy bien sabe mi amado y buen Jesús que no envi-

(2) Las citas de este capítulo están extraídas del libro *Yo vi ejecutar al Buen Ladrón del siglo XX*, ya mencionado anteriormente, del que es autor el que fue capellán de la Prisión Provincial de Vitoria, P. Primitivo Ibáñez Anzore. El reo de muerte a que se refiere autorizó antes de morir la novela *Arrepentimiento*, escrita por otro recluso en aquella cárcel, ALONSO SUTILLU, acerca de su vida.

dio a nadie en este mundo, y, por lo tanto, no me cambio absolutamente por nadie (...). Hoy miro con amor y grandes deseos mi próxima ejecución, esos instrumentos que son los que por la misericordia de Dios me han de cerrar los ojos de esta vida para abrirme las puertas del Cielo» (3). «Me considero eternamente feliz y no cambiaría estas horas por muchas de las que se viven en el mundo, donde no se encuentra más que frivolidad, vicio y corrupción; mundo en el cual la mentira tiene asentado su trono».

Accedió a solicitar el indulto, que no le fue concedido, «si es para mayor gloria de Dios y su Santa Voluntad», y cuando aún había esperanza, acaso él tampoco pudo ocultarla cuando escribía: «No sabe con qué deseos estoy de poderle contemplar cara a cara (a Dios), qué mal me sabría que estas ilusiones mías fallaran al quitarme la pena, claro que le ofrecería ese sacrificio...».

Le comunicaron que el verdugo había llegado ya a Vitoria. —Me lo sospechaba —murmuró abatido, mas en seguida se repuso y siguió alegremente—. Gracias, Señor, por fin se cumplen mis deseos, mi ejecución y en sábado. Deseaba morir en sábado, día de la Virgen, y se me ha concedido esta gracia.

Fueron muchas las personas y congregaciones piadosas que vieron en él un recadero infalible y pronto para sus mandados al Cielo, y entre las peticiones que el reo de muerte recibió a última hora en este sentido figuraba un telegrama de las religiosas Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, que, junto con sus colegialas, «ofrecen todas sus oraciones, felicitan triunfal entrada en el Cielo, suplican patrocinio perenne ante Jesucristo para que, abrasadas en su amor, comuniquen siempre a cuantos ellas se acerquen. Juan José sea el protector de esta casa, obras apotóxicas y, particularmente, le pido me prometa antes partida Cielo será mi protector cuando esté con Jesús y María. Superiora».

El 12 de junio repartió entre sus compañeros reclusos unos recordatorios que había encargado y que llevaban la fecha del día siguiente. Del tamaño de una tarjeta de visita, estos recordatorios tenían impresa por un lado la imagen de una Virgen, y un pie que decía: «¡Virgen Santa del Pilar! ¡Salvad a España!», y por el otro, esta leyenda: «YO, JUAN JOSÉ TRESPALACIOS, dentro de breves momentos he de comparecer en la presencia de Dios. Rogad por mi alma en cuanto la haya entregado al Señor, y perdonadme los que aquí quedáis



Michael Angiolillo, autor de la muerte de Cánovas, fue agarrado el 20 de agosto de 1897 en el patio de la prisión de Vergara (Guipúzcoa), por el entonces verdugo de Burgos, Gregorio Mayoral. Este extraordinario documento gráfico del momento justo de la ejecución fue obtenido aquella mañana, desde un escondite, por don José Brunet Bherminghan.

mis desvarios, causa de mi muerte. Os ruego me tengáis presente en vuestras oraciones y me recordéis ante el Divino Redentor, pues yo, desde el Cielo, rogaré por todos, y muy especialmente por S. S. el Papa Pío XII, felizmente reinante, que, llevado de su bondad y conmiseración hacia mi indigna persona, se ha dignado concederme la indulgencia plenaria para el instante de mi ejecución; por mis padres, hermanos y parientes, por las víctimas de una hora de obcecación lamentable e irreparable, por los que tanto bien me han hecho y por los que han intervenido en conseguir mi salvación eterna, así como por mis compañeros de prisión y por todos los pecadores. Vitoria, 13 de junio de 1953. ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!». De este modelo de recordatorio se hicieron hasta ocho ediciones y, por supuesto, no quedan hoy ejemplares. Merced a ellos, «me dejan entrever —indica el entonces capellán de la prisión de Vitoria (4)— que se habla de favores espirituales alcanzados en Vitoria y Córdoba».

«A las cuatro y media de la madrugada —prosigue este testigo— vemos un cuadro horripilante. A media luz, el verdugo monta el patíbulo. Ha fijado el garrote en la tierra; la ha apelmazado; ha atado la silla al garrote y ha escondido el resto del instrumento del suplicio debajo de la escalera del jardín, donde va a tener lugar la ejecución, y pisando la cual bajará el reo».

A las cinco y media se celebra la Misa. Comulga el reo y diecisiete personas más que asisten oficialmente al acto. Después de una plática emocionante del padre José Luis, se celebra una segunda Misa, encargada por una familia caritativa, que el reo oye, como la anterior, de rodillas.

Finalizada la segunda Misa, se levanta y, con voz firme, grita: —¡Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María! ¡Viva el Papa! ¡Viva España! ¡Vivan sus gobernantes!

«¿Cómo fueron contestados estos gritos de amor a Dios, a la Iglesia y la Patria por los circunstanciales? De diversa manera: con la voz, con lágrimas, con sollozos.

Acto seguido nos da a besar a todos el Crucifijo» (5).

Desde este momento hasta las siete de la mañana, el reo permaneció de rodillas con el Crucifijo entre las manos, que besaba de vez en cuando, rezando el rosario. Luego se despidió de todos los presentes, a los que abraza, y parece que todos lloran menos él. El y el verdugo.

Una pareja de la Guardia Civil le esposa y le conduce fuera de la sala que ha servido de capilla.

—Hagan saber a la Justicia mi gratitud. Ha hecho lo que debía. Yo perdono a todos. Espero que todos me perdonen.

«Baja las escaleras del jardín. Junto a ellas estaba levantado el cadalso. Le manda el verdugo sentarse en la silla atada al garrote. Obedece. Una vez sentado, exclama: "Estoy en el trono". (...) El mismo facilita al verdugo la atadura de sus pies, poniéndose en posición cómoda para ser amarrados a las patas de la silla. Está en todo. La sonrisa no se aparta de su rostro. (...) Mientras el verdugo ultima los más pequeños detalles se oyen las jaculatorias que los sacerdotes dirigen al condenado a muerte. "Jesús, José y María, asistidme en mi agonía; recibid cuando yo muera el alma mía. Jesús, no seáis mi juez, sino mi Salvador. ¡En tus manos encomiendo mi espíritu!". Al colocar el verdugo el corbatín en el lado izquierdo del cuello del reo se nota alguna dificultad. El padre José Luis le dice al verdugo:

—Ande usted con cuidado, no le haga daño.

«Juan José rectifica:

—No tenga usted ningún cuidado, hágame todo el daño posible.

«Sus últimas palabras había afirmado que serían: "Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío" y "Madre mía, confianza mía". Y así fue. Una vez dichas tales jaculatorias le presenta el padre José Luis el Crucifijo para besarlo, y al unir sus labios al Crucifijo el verdugo da media vuelta a la palanca y el cuello de nuestro santo amigo queda agarrado. Muere instantáneamente, sin una mueca de dolor. Con placidez. No

consentimos que se le tapase la cara. Queríamos cruzar nuestras miradas con las suyas hasta el último momento».

Terminada así la «santa» ejecución, como en algún momento se la llamó, los sacerdotes entonaron ante el ajusticiado un solemne «Tedeum» y a continuación rezaron el «Manificat».

El médico forense de la prisión, doctor Brizuela, se acercó por tercera vez a tomarle el pulso a aquella figura sombría e inmóvil, y, en medio del silencio, murmuró:

—Esto se ha acabado.

Al día siguiente, domingo, mientras le enterraban en el panteón familiar de su padre espiritual, don Saturnino Martínez, en Vitoria, se jugaba en San Mamés la semifinal de la Copa del Generalísimo entre el Atlético de Bilbao, equipo del que era partidario Trespalacios, y el Real Madrid. Ganó el Atlético de Bilbao por dos a uno. Venancio fue el que marcó los dos goles de los vascos en dos minutos, seguidos, a la mitad del primer tiempo. El gol madrileño lo metió Olmedo, aunque se vio cómo la pelota entraba después de que la tocara el defensa bilbaíno Garay.

Era la última ejecución que iba a efectuar el verdugo de la Audiencia de Valladolid, Florencio Fuentes Estébanz. Cuando le llamaron la próxima vez se negó a ir. Parece que fue procesado y condenado a seis meses y un día. Con más de setenta años vivía hasta hace poco con sus hijos y nietos dedicado a las faenas agrícolas en un pueblo mesetario de la provincia de Palencia.

Hace un par de años, sin embargo, atormentado por los fantasmas de sus viejos recuerdos y, sobre todo, resentido por el creciente desprecio con que al fin acabaron por aislarle sus familiares más cercanos, empezando por su propia mujer, tomó un día una cuerda de cáñamo y la pasó en torno a su cuello, en la fría soledad de una arboleda cenicienta, cercana del río Pisuegra, al Norte de Palencia, como tantas veces había hecho con el dogal de hierro en torno a los cuellos de sus semejantes en los helados amaneceres de los patios de las prisiones; apretó fuerte el nudo con sus callosas manos y luego se colgó él mismo con cierta dificultad, pero se colgó de la rama más baja de una encina achaparrada, retorcida y negra.

Todos los familiares del viejo verdugo vallisoletano, Florencio Fuentes Estébanz, abandonaron para siempre aquellas tierras, pero ya entonces los verdugos españoles de la nueva generación, los mismos que hoy siguen en la brecha, aunque cada vez el trabajo sea menos, habían adquirido auténtica veteranía en el oficio.

(3) De su carta al P. Julio Martínez, S. J., publicada en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, julio de 1953.

(4) PRIMITIVO ISÁZAR AGOSTE. Ob. cit.

(5) Id.: Ob. cit.